

## VIII

Mateo Nikitich había llegado por fin, y el ugiar, un hombre flaco con el cuello largo, que arrastraba una piana, entró en la sala de los jurados. Este ugiar era honrado é inteligente, pero no podía estar mucho en ningún empleo porque se emborrachaba. Tres meses antes una señora que protegía á su mujer, le colocó en el Tribunal y aquel empleo parecía gustarle y lo conservaba.

—¿Estáis todos reunidos señores?—preguntó poniéndose los lentes.

—Todos, á lo que parece,—dijo el comerciante plácido.

—Vamos á verlo en seguida.

Sacando del bolsillo una lista empezó á preguntar el nombre á cada uno, mirando á los jurados ora por sobre los lentes, ora á través de ellos.

—J. M. Nikiforoff, consejero de Estado.

—Soy yo,—dijo el señor importante que estaba al corriente de todas las causas.

—Iván Semenovitch Ivanoff, coronel retirado.

—Aquí estoy,—dijo el que iba de uniforme.

—Pedro Daklasciff, comerciante de segunda clase.

—Presente,—contestó el buen hombre, y añadió sonriendo:

—Estoy dispuesto.

—Príncipe Dimitri Neklindoff, teniente de la Guardia.

—Soy yo,—contestó el nombrado.

El ugiar mirando á Neklindoff por sobre los lentes con

respetuosa deferencia, hizo una reverencia, queriendo distinguirlo de los otros jurados. Después continuó:

—Capitán Jorge Dimitrievitch Dancenka, Gregorio Effimovitch, comerciante,—y así seguido.

Todos los jurados estaban presentes.

—Ahora, señores, haced el favor de pasar á la Sala,—dijo el ugiar con amabilidad indicando la puerta.

Todos se movieron y cediéndose uno al otro el paso con cortesía, entraron en la Sala.

Era una pieza larga con una tribuna en el fondo á la que se subía por tres escalones; en el centro de la tribuna había una mesa grande con un tapete verde adornado con una franja de un verde más oscuro, y tres sillones con el respaldo de encina tallada. Colgaba de la pared un retrato del emperador con uniforme de gran gala de general, con un pie adelantado y la mano en la empuñadura de la espada; á la derecha, en un ángulo, una imagen de Cristo con la corona de espinas, dos filas de sillas para los jurados, una mesita para los abogados y el banco del fiscal; á la izquierda una mesita para el relator, y, cerca del sitio reservado al público, el banco de los acusados que estaba todavía vacío. Todo esto ocupaba la mitad de la Sala que una barandilla dividía en dos partes. En la otra mitad algunos bancos dispuestos sobre gradas se elevaban hasta la pared del fondo.

En el primer banco estaban sentados cuatro mujeres y dos hombres que parecían obreros; evidentemente les impresionaba el aspecto del local y se hablaban en voz baja.

Introducidos que fueron los jurados, el ugiar se adelantó hacia el centro de la sala y con voz tonante, como si tratara de asustar á todos los presentes, gritó:

—¡El tribunal!

Todos se levantaron y en la tribuna aparecieron los tres jueces: primeramente el presidente con sus hermosas pa-

tilas, luego el juez de los lentes de oro y de la cara triste, más huraña todavía, porque antes de entrar en la sala había encontrado á su cuñado que le previno que su hermana no preparaba decididamente comida.

—Paciencia, será preciso que vayamos á un restaurant,—añadió el cuñado riendo.

—Maldito si esto me da ganas de reír,—dijo el juez poniéndose cada vez más mohino.

Por último venía el último juez, aquel Mateo Nikitich que siempre se hacía esperar. Tenía una gran barba, una mirada bondadosa y padecía un catarro intestinal; aquella misma mañana el médico le había aconsejado un nuevo régimen que le había hecho permanecer un rato más en casa.

Al entrar tenía el aspecto muy preocupado. Por costumbre se fijaba en todas las circunstancias fortuitas, á fin de que le dieran una respuesta á la pregunta que se hacía; en aquel momento había decidido que si el número de los pasos que diera desde la entrada de la sala á su poltrona era exactamente divisible por tres, el nuevo régimen le curaría el catarro, y en caso contrario no. Los pasos habían sido veintiséis, pero al último añadió otro pasito muy corto, y así, después de contar el vigésimo séptimo se sentó en su sillón.

El aspecto del presidente y de los jueces con sus cuellos recamados de oro era muy imponente. Los tres lo comprendieron, y como confusos de su propia grandeza se sentaron, bajando modestamente los ojos hacia la mesa con el tapete verde, sobre el cual había dispuestos un instrumento triangular con el águila imperial arriba, varias plumas, hojas de papel en blanco y varios otros cachivaches del oficio.

Al mismo tiempo que los jueces entró el sustituto del fiscal, andando aprisa y con la cartera bajo el brazo. Se sentó en un banco y empezó á hojear rápidamente el apuntamiento del proceso, aprovechando el tiempo que le

quedaba. Era aquella la cuarta vez que sostenía una acusación, y ambicioso como era y decidido á abrirse paso, creía indispensable que todos los procesos en que interviniera terminaran con condena. De aquel proceso de envenenamiento tenía una idea sumaria y había preparado un esbozo de requisitoria, pero le faltaban aún algunos datos y los iba reuniendo á fuerza de tomar apuntes.

Al otro lado de la tribuna el relator repasaba un diario denunciado que había podido procurarse con gran trabajo. Se proponía hablar de ello al juez del catarro intestinal que sabía que comulgaba en sus ideas; pero antes quería enterarse bien del artículo denunciado.

## VIII

Después de dar una ojeada al proceso y de preguntar algo al ugiar, que contestó afirmativamente, el presidente dió orden de introducir á los culpables. Se abrió una puerta y entraron dos guardias con una gran gorra de pieles y los sables desnudos; detrás venían los acusados; un hombre de pelo rojo y cara pecosa y dos mujeres. El hombre llevaba el traje de los presos; tenía casi escondidas las manos dentro de las mangas muy largas; el aspecto tranquilo, impasible. Se sentó en la esquina del banco para dejar sitio á las mujeres, miró al presidente fijamente y empezó á contraer la boca como si hablara para su sayo.

Junto á él se sentó una mujer entrada en años, con traje de presa también, pálido el rostro, sin pestañas ni cejas, enrojecidos los ojos. Se sentó tranquilamente, arreglando las sayas que se le habían enganchado á un clavo, y miró hacia el tribunal.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Folio 1625 MONTERREY, MEXICO

La tercera acusada era la Máslova. Apenas entró, las miradas de todos los hombres se fijaron en ella y permanecieron clavadas en aquel rostro blanco y cariñoso, en aquellos ojos negros, profundos y centelleantes, en aquel cuerpo bien formado. Hasta uno de los guardias la miró con insistencia; pero luego, comprendiendo su desacato, apartó de ella los ojos y miró hacia la ventana que tenía enfrente.

El presidente esperó que los acusados estuviesen sentados y luego se volvió hacia el escribano.

Empezó el juicio con las formalidades de costumbre: llamamiento de los jurados y suplentes, multas á los que no comparecieron, lectura de las excusas presentadas por los que no vinieron, sustitución de éstos por los suplentes.

Una vez constituido el jurado, el presidente rogó al pope (1) que hiciera prestar juramento.

El pope, un viejo de cara hinchada y amarillenta, con un traje de color de café, una cruz de oro pendiente del pecho y una condecoración al lado, adelantóse hacia el altar arrastrando los pies.

Los jurados se acercaron también al altar.

—Favorécenos,—dijo el pope tocando su cruz de oro y esperando que todos los jurados estuviesen cerca.

Era pope desde cuarenta y siete años; prestó sus servicios al tribunal desde que se instituyó el jurado, así es que se alababa de haber hecho jurar á millares y millares de personas. Añadía que hasta en su vejez trabajaba por la iglesia, por la patria y por la familia, á la que dejaría una herencia, un capital de más de treinta mil rublos, sin contar la casa. Se preparaba ya para celebrar un jubileo como lo hiciera el arcipreste de la catedral. El pensamiento de que el Evangelio prohíbe el juramento, y que toda su ocupación consistía en hacer prestar juramento era poco honrada, no le remorlía la conciencia, antes por el contra-

(1) Sacerdote.

rio, se complacía en ello porque le daba ocasión de trabar conocimiento con personas de alto copete. Había hecho amistades con el «célebre abogado» que merecía todo su respeto, porque en solo un proceso, el del despojo de la vieja, ganó diez mil rublos.

El pope, después de revestir la casulla, dijo á los jurados:

—Levantad la mano derecha y poned así los dedos.— Y levantó su mano regordeta que tenía un hoyuelo en cada dedo, acercando las yemas del pulgar y del índice como si fuera á tomar un polvo.

—Juro ante el Santo Evangelio y por la Cruz de nuestro Señor que en el proceso...—empezó, parándose á cada frase.—No bajéis la mano hermano; tenedla así—se volvió hacia un joven que había dejado caer la mano,—que en el proceso en qué...

El caballero importante, el coronel retirado, el comerciante y otros jurados, tenían los dedos bien unidos como deseaba el pope; otros parecían hacer aquella ceremonia de mala gana. Unos repetían las palabras con voz recia y empuje; otros en voz baja y tartamudeando, quedándose atrás y atrapando luego al pope como asustados de su falta.

Hecho el juramento, el presidente invitó á que los jurados nombraran un jefe. Pasaron á la sala de deliberaciones y encendieron un cigarrillo.

Alguien aconsejó que eligieran al señor majestuoso y así se hizo sin discusión. Tiraron los cigarrillos y volvieron al tribunal. Allí el señor majestuoso declaró al presidente que él era el elegido; luego se sentaron todos.

Todo se hacía sin interrupción y con cierta solemnidad. El cumplimiento de todas aquellas fórmulas y ceremonias daban una especie de satisfacción á los mismos magistrados y les confirmaba en la persuasión de que cumplían un deber social. Esto también creía Neklindoff.

El presidente hizo una arenga á los jurados recordádo-

les sus derechos, sus deberes y la responsabilidad que les incumbía. Mientras hablaba no sabía estarse quieto ni un momento. Tan pronto se volvía á derecha como á la izquierda, se apoyaba en el respaldo del sillón, se inclinaba hacia adelante, hacia atrás, manoseaba los objetos todos de la mesa. Les recordó á los jurados que tenían el derecho de preguntar á los acusados por mediación del presidente; de examinar de cerca todas las pruebas, y que debían pronunciar un fallo recto basado en su convicción y conservar secreto su voto y no revelar nada á nadie. En otro caso se expondrían á los rigores de la ley.

Todos escuchaban con respetuoso recogimiento. El comerciante que respiraba con fuerza y esparcía en torno un tufo de vino, aprobaba cada frase con un movimiento de cabeza.

## IX

Terminada su arenga, volvióse el presidente hacia los acusados.

—Simón Kirtinkin, levantáos.

El llamado se puso en pié con sobresalto.

—¿Vuestro nombre?

—Simón Petrovitch Kirtinkin,—respondió con voz estridente y sin vacilar, probando que ya sabía lo que le preguntarían.

—¿Vuestro estado?

—Soy aldeano.

—¿De qué provincia y distrito?

—Provincia de Tula, distrito de Kaprivo, ayuntamiento de Kiompiankoie, aldea de Borki.

—¿Cuántos años tenéis?

—Treinta y cuatro, nací en...

—¿Qué religión profesáis?

—La rusa ortodoxa.

—¿Estáis casado?

—No.

—¿Qué oficio tenéis?

—Trabajo como mozo en la hostería Mauritania.

—¿Habéis sido procesado?

—No he podido ser nunca condenado porque siempre he vivido...

—¿No habéis sido procesado?

—Tan cierto como que Dios existe, ¡no!

—¿Os han entregado copia del acta de acusación?

—Sí me la dieron.

—Sentáos. Eufemia Ivanovna Botchkova,—continuó el presidente volviéndose hacia una de las mujeres.

Simón permanecía de pié y tapaba á la Botchkova.

—Kirtinkin, sentáos.

Kirtinkin permanecía de pié. Para hacerle sentar se le acercó rápidamente el relator el cual, inclinando la cabeza y abriendo con severidad los ojos, murmuró á su oído con voz trágica:

—¿Habéis oído? Sentáos.

El acusado se sentó de golpe como se levantara, arregló la blusa y continuó mascullando palabras para sí.

—Vuestro nombre,—dijo el presidente á la vieja con aire aburrido y sin mirarla y hojeando unos papeles.

La Botchkova tenía cuarenta y tres años, habitaba en la ciudad y servía de camarera en la misma posada Mauritania; no había sido nunca procesada, se le había entregado copia del acta de acusación. Respondía con voz firme y á cada una de sus respuestas acompañaba una mirada que parecía querer decir á cuantos la miraban:

—Bien, sí; yo soy Eufemia Botchkova, y no permito que nadie se ría de mí.

Acabado el interrogatorio, se sentó sin que se lo mandaran.

—Vuestro nombre,—dijo el presidente á la tercera acusada.

—Es preciso levantarse,—añadió con gran dulzura viendo que la Máslova permanecía sentada.

La Máslova se levantó con gran serenidad, irguiendo la cabeza y sacando el pecho, y fijó sus ojos negros y sonrientes en el rostro del presidente.

—¿Cómo os llamáis?

—Me llamaban Limbov,—respondió aprisa.

En tanto que empezaba el interrogatorio, Neklindoff miraba atentamente á los acusados á través de sus lentes.

—No es posible,—pensó, sin apartar la vista de la joven.—¿De dónde vendría ese nombre de Limbov?

El presidente quiso hacer otra pregunta; pero el juez de los anteojos le detuvo con un gesto murmurándole algo con furia. El otro contestó con un movimiento afirmativo y de nuevo se volvió hacia la acusada.

—¿Cómo Limbov?—dijo;—os llaman de otro modo.

La acusada callaba.

—Os he preguntado vuestro verdadero nombre.

—El de bautismo,—sugirió el juez de aire mohino.

—Antes, me llamaban Catalina.

—Es imposible,—proseguía Neklindoff. Pero ya no conservaba duda alguna de que se hallaba en presencia de aquella muchacha que en otro tiempo había amado, que en un momento de locura sedujo y abandonó, que había querido olvidar porque aquel recuerdo le era harto penoso y le humillaba en su orgullo, tan pagado de su honradez.

No cabía duda; era ella. Ahora reconocía claramente en su rostro aquel sello particular y misterioso que caracteriza á cada persona y la determina de un modo preciso, haciéndola completamente distinta de las demás. A pesar de la palidez anormal y de tener las mejillas y la parte infe-

rior de la cara un poco más carnosas, en el rostro, en la boca, en los ojos algo bizcos y sobre todo en la sonrisa ingenua, en la mirada, en la gentileza y gracia de toda su persona, reconocía aquel sello.

—Debéis responder pronto,—dijo con dulzura el presidente.—¿El nombre de vuestro padre?

—Soy ilegítima.

—No importa. Decid el nombre de vuestro padrino.

—Miguel.

—¿Qué delito puede haber cometido?—se preguntaba Neklindoff con ansia.

—¿Vuestro apellido?

—Me llamaban Máslova; como á mi madre.

—Vuestra condición.

—Ciudadana.

—¿De religión ortodoxa?

—Ortodoxa.

—¿Y la profesión? ¿Qué oficio ejerciais?

La Máslova no contestó.

—¿Qué oficio teniais?

—Estaba en una casa.

—¿Pero en qué casa?—insistió con tono severo el juez de los anteojos.

—Bien lo sabéis,—replicó la Máslova siempre sonriendo: un rubor súbito enrojeció sus mejillas; miró hacia la Sala y después se fijó de nuevo en el presidente.

Había algo tan extraño en la expresión de su rostro, de tan atroz y desgarrador en el sentido de aquellas palabras, de aquella sonrisa, de aquella ojeada que dió al público, que el presidente bajó la cabeza y durante un instante hubo completo silencio en la Sala.

Luego resonaron carcajadas y alguien silbó entre dientes. El presidente levantó la cabeza y prosiguió el interrogatorio.

—¿No habéis sido nunca condenada?

3 4941

UNIVERSIDAD DE TAMPICO  
BIBLIOTECA UTM  
"ALFONSO REYES"  
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

—Nunca, — contestó en voz baja la Máslova suspirando.

—¿Habéis recibido copia de la acusación?

—Sí.

—Sentáos.

La acusada se sentó, levantando sus sayas como una gran señora y metió las manos, blancas y pequeñas, en las mangas de la blusa sin dejar de mirar al presidente. Su rostro tenía la primitiva palidez y serenidad.

El presidente llamó á los testigos, los mandó á otra sala y llamó al perito médico. Luego se levantó el relator y empezó la lectura de los autos. Su voz era alta y resonante; pero como leía rápidamente, resultaba monotonía y ronca.

Los jueces parecían y estaban aburridos, murmurándose palabras al oído; uno de los guardias se llevó varias veces la mano á la boca para ahogar un bostezo. Kirtinkin no cesaba un momento de contraer la boca; la Botchkova estaba erguida, seria, tranquila y de cuando en cuando escondía un dedo bajo el pañuelo para rascarse la cabeza. Máslova á veces permanecía impasible siguiendo con atención las palabras del relator; pero otras hacía ademán de levantarse; se ruborizaba, suspiraba profundamente, cambiaba de posición las manos, luego volvía á mirar al relator.

En la primera fila de los jurados, Neklindoff, sentado en su silla, no perdía de vista á la Máslova; y en su alma se realizaba un trabajo profundo y doloroso.

## X

El acta de acusación decía así:

«El 17 de Enero de 18... murió en un cuarto de la posada Mauritania, Ferapont Smielkov de Siberia, comerciante de segunda clase, de muerte repentina. El certificado del médico de la cuarta división aseguraba que la muerte había sido producida por un aneurisma, causada por el abuso de las bebidas alcohólicas, y el cadáver fué sepultado. Pero cuatro días después de la muerte de Smielkov, llegaba de Petersburgo un llamado Timockin, comerciante de Siberia, compatriota y compañero del difunto, el cual informado de las circunstancias de la muerte, sospechó que ésta no fuera natural y sí producida por un veneno dado por algunos malhechores que se habían apoderado de una sortija de brillantes y de una gruesa suma de dinero: con efecto, Smielkov tenía mucho dinero, que no se le encontró después de muerto.

»Se ordenó una información que ha dado los siguientes resultados:

»1.º Smielkov poco antes de morir había cobrado del banco 3800 rublos; en la maleta no se le encontraron sino 312 rublos y 16 kopecks.

»2.º La víspera de su muerte, Smielkov pasó el día entero con la prostituta Liubka (Catalina Máslova) parte

de él en la posada Mauritania y parte en su casa. Antes de ir con Smielkov á la posada, había ido ya allí Catalina Máslova para tomar dinero y abrió la maleta en presencia de los criados de la posada, Eufemia Botchkova y Simón Kirtinkin, con la llave que le dió el mismo comerciante. Mientras la prostituta Liubka abrió la maleta, Botchkova y Kirtinkin, presentes, pudieron ver varios fajos de billetes de cien rublos.

»3.º Vuelto Smielkov de la casa de tolerancia á la posada Mauritana junto con la Liubka, ésta, por consejo de Kirtinkin le hizo beber un vaso de cognac en el cual vertió unos polvos blancos que Kirtinkin le proporcionara.

»4.º Al día siguiente la Liubka, ha vendido á su patrona, la alcahueta Rosanov, testigo, una sortija de brillantes que pretendió haberle regalado el interfecto.

»5.º La camarera de la posada, Eufemia Botchkova, depositó en el Banco, al día siguiente de la muerte de Smielkov, la cantidad de 1800 rublos.

»La autopsia del cadáver de Smielkov, hecha con todas las formalidades que requiere la ley, ha patentizado la existencia en las vísceras, de substancias venenosas, que avaloran la hipótesis de un crimen.

»Interrogados como acusados la prostituta Liubka, Kirtinkin y la Botchkova, éstos no se han declarados culpables. Pero la Liubka ha declarado que Smielkov, estando en la casa de tolerancia donde, según su expresión, trabajaba, la había enviado á la posada para tomar dinero, 40 rublos, ni más ni menos, como pueden declarar la Botchkova y Kirtinkin que estaban presentes y que le han visto abrir y cerrar la maleta. En cuanto al envenenamiento la Liubka contesta que, vuelta por segunda vez al cuarto de Smielkov, ha vertido unos polvos blancos en un vaso de cognac; pero que lo hizo así creyendo que se trataba de un narcótico para domirlo y poder volver á su casa: añadió que no tomó dinero alguno y que la sortija le fué regalada por el mismo Smielkov para consolarla cuan-

do ella llorando quería marchar porque le había pegado. »Eufemia Botchkova afirma que no sabe absolutamente nada de la desaparición del dinero y que no estuvo siquiera en el cuarto, donde únicamente entró la Liubka; que si algo se robó sólo pudo hacerlo la Liubka cuando vino la primera vez con la llave de la maleta.»

Al llegar á tal punto, la Máslova se estremeció abriendo la boca como para gritar, y se volvió hacia la Botchkova.

«Interrogada luego la Botchkova acerca del origen de los 1800 rublos depositados por ella en el Banco, manifestó haberlos ganado en doce años de trabajo al lado de Simón Kirtinkin, con el cual pensaba unirse en matrimonio.

»Simón Kirtinkin, en un primer interrogatorio, confesó haber robado el dinero á instigación de la Máslova, que fué á la posada con la llave, y haberlo compartido con la Máslova y la Botchkova.»

De nuevo la Máslova se estremeció, se puso en pie, movió los brazos y empezó á hablar. Pero el relator la cutuvo y continuó:

«Kirtinkin confesó lo dicho. Pero en el segundo interrogatorio negó lo del robo y lo de los polvos, echando toda la culpa á la Máslova. Por lo que toca al dinero depositado en el Banco, confirma la declaración de la Botchkova y dice que son producto de las propinas de los pasajeros.»

Continuaba el documento hablando de los careos de los testigos y demás incidentes y concluía así:

«El comerciante de segunda clase Smielkov, abandonándose á la embriaguez y al libertinaje, entró en relaciones con una prostituta apodada Liubka, por quien se encaprichó, perteneciente á la casa de tolerancia de la Rosanov. El 16 de Enero de 18... encontrándose en la casa citada, envió á la Liubka á la posada donde paraba, dándole la llave de la maleta para que cogiera 40 rublos, para pa-

gar el gasto hecho en la citada casa. Catalina Máslova, apodada Liubka, entrada en el cuarto del comerciante, se puso de acuerdo con los dos criados Kartinkin y Botchkova para robar gran parte del dinero y de los objetos preciosos contenidos en la maleta del comerciante y repartírselos luego; como así ocurrió.»

Máslova se estremeció de nuevo y toda su cara se encendió.

«La Máslova ha recibido por su parte una sortija de brillantes y sin duda, alguna pequeña suma de dinero que habrá ocultado ó perdido quizá, visto el estado de embriaguez en que se hallaba. Para ocultar el hurto, los tres acusados han hecho que Smielkov volviera á la posada y lo han envenenado con un veneno que tenía Kartinkin. Siguiendo tal plan, la Máslova ha inducido al comerciante á volver á la posada para pasar allí la noche juntos. Ya reunidos, la acusada vertió los polvos en el vaso de Smielkov y le hizo beber, lo que le produjo la muerte.

»Por todas las indicadas razones, Simón Kirtinkin de treinta y cuatro años, aldeano, Eufemia Botchkova, de cuarenta y cuatro y Catalina Máslova, de veintisiete, son acusados de haber el 17 de Enero de 18..., puestos de acuerdo, robado al comerciante Smielkov una sortija de brillantes y la suma de 2500 rublos, y, para desembarazarse de él, héchole beber veneno, que produjo la muerte del predicho Smielkov.

»Estos delitos están previstos en los párrafos 4 y 5 del artículo 1453 del Código penal; por lo que Simón Kirtinkin, aldeano, Eufemia Botchkova y Catalina Máslova, ciudadanas, se presentan al tribunal de la Audiencia con el concurso del jurado.»

Terminada la lectura, el relator juntó cuidadosamente los pliegos y se sentó, acariciándose el pelo con la mano. Los presentes lanzaron un suspiro de alivio pensando que el juicio empezaba, que todo se aclararía pronto y que la

justicia seguiría su curso. Sólo Neklindoff no experimentaba aquel sentimiento. Estaba asustado del delito de la Máslova á quien diez años antes conociera una niña pura é inocente.

## XI

Apenas terminada la lectura del acta de acusación, el presidente consultó á los jueces y luego, volviéndose hacia Kirtinkin con una expresión que parecía querer significar: «Ahora sí que vamos á saberlo todo punto por punto,» dijo:

—Simón Kirtinkin.

Este se levantó con las manos pegadas á los costados, inclinándose hacia adelante y sin cesar de mover los labios.

—Estáis acusado de haber, el 17 de Enero de 18..., junto con Eufemia Botchkova y Catalina Máslova, robado de la maleta del comerciante Smielkov dinero que le pertenecía, traído arsénico aconsejando á la Máslova que se lo echara en el vino, por lo que murió Smielkov. ¿Os reconocéis culpable?

—Es imposible, porque nuestro oficio de servidores...

—Esto lo diréis luego. ¿Os reconocéis culpable?

—No... Tengo, sin embargo...

—Después, después lo diréis,—interrumpió el presidente con calma y severidad. ¿Os reconocéis culpable?

—Es imposible porque...

De nuevo el relator dió un salto hacia Simón Kirtinkin y con un «silencio» trágico le contuvo.

El presidente, como para significar que aquella primera parte estaba acabada, se volvió Eufemia Botchkova.

—Eufemia Botchkova, estáis acusada de haber, el 17 de Enero de 18..., en compañía de Simón Kirtinkin y Catalina Máslova, robado de la maleta del comerciante Smielkov dinero y una sortija, repartiendo el producto entre todos, y, para ocultar el delito, dado veneno á Smielkov, que murió á causa de ello. ¿Os reconocéis culpable?

—No soy culpable de nada,—respondió la acusada con voz franca y áspera.—Ni siquiera he puesto los piés en el cuarto. Esta pérdida, que ha entrado, puede haber hecho lo que decís.

—Esto lo diréis luego,—respondió el presidente con voz tranquila y firme.—¿No os reconocéis culpable?

—No soy yo quien ha tomado el dinero; no soy yo quien ha hecho beber el veneno; no he entrado siquiera en el cuarto, porque si hubiese sido yo...

—¿Y os reconocéis culpable?

—No, nada.

—Bien. Catalina Máslova,—empezó de nuevo el presidente vuelto hacia la tercera acusada.—Estáis acusada de haber entrado en la habitación que en la posada Mauritania ocupaba el comerciante Smielkov y de haberle robado una sortija y dinero...—Pronunciaba las palabras como las de una letanía que se sabe de memoria, y se interrumpió un momento inclinándose hacia el juez quien le hizo notar que entre las pruebas de convicción faltaba algo...—y dinero; de haber vuelto luego á la posada y haber hecho beber un vaso de arsénico á Smielkov, lo que le produjo la muerte. ¿Os reconocéis culpable?

—No, no soy culpable de nada,—contestó rápidamente la acusada,—como lo dije al principio lo digo ahora: no he robado nada, nada, nada en absoluto; la sortija me la dió él mismo.

—¿No os reconocéis, pues, culpable de haber robado dos mil quinientos rublos?

—Digo que no he tomado sino cuarenta rublos.

—¿Y de haber dado al comerciante Smielkov el vino envenenado?

—Esto es verdad; pero me habían hecho creer que aquello era un narcótico y que no produciría ningún mal. Nunca seré capaz de envenenar á nadie; ante Dios juro que no tenía ninguna mala intención.

—Así, pues, no confesáis haber robado la sortija y el dinero; ¿pero reconocéis por otra parte haber echado los polvos en el vino?

—Sí, lo reconozco; pero creía que eran unos polvos para hacer dormir; se los he dado para que se durmiera; no he querido, no he pensado nunca que pudieran hacerle daño...

—Bien.

Y satisfecho del resultado obtenido, el presidente se apoyó en el respaldo de la poltrona con las manos extendidas sobre la mesa.

—Ahora contad la verdad por entero; una confesión sincera podrá mejorar vuestra situación.

La Máslova miraba fijamente al magistrado; pero callaba y se ruborizaba; comprendíase que se esforzaba en vencer la vergüenza.

—Contad como ocurrió todo.

—¡Cómo ocurrió!—exclamó con ímpetu la joven.—Fuí á la posada, me condujeron á la habitación donde estaba él ya muy embriagado...

Diciendo «él» parecía sorprendida ó que experimentase terror, y abrió desmesuradamente los ojos y luego continuó:

—Quería marcharme y no me lo permitió.

Calló de nuevo como si hubiese perdido el hilo del discurso ó como si otro recuerdo asaltara su mente.

—¿Y luego?—preguntó el presidente.

—Luego,—replicó,—quedéme allí algún tiempo y después volví á casa.

En aquel momento el sustituto se incorporó apoyándose sobre un codo.

—¿Queréis hacer alguna pregunta?—indicó el presidente. Contestando afirmativamente el fiscal, le indicó que podía interrogar.

—Quería saber si la acusada tuvo antes relaciones con Simón Kirtinkin,—preguntó el sustituto sin mirar á la Máslova, frunciendo el entrecejo y apretando los labios.

El presidente repitió la pregunta. Máslova asustada miraba al fiscal.

—Sí, conocía á Simón.

—Quisiera saber aún en qué consistían tales relaciones, y si eran frecuentes.

—¿En qué consistía?

Me recomendaba á los forasteros que iban á la posada, pero entre él y yo, no había ninguna otra relación,—contestó la joven con inquietud volviendo los ojos del presidente al sustituto, y de éste al presidente.

—Quisiera también saber por qué Kirtinkin recomendaba siempre á la Máslova en vez de recomendar á las otras muchachas.

Y entornó los ojos con una expresión picaresca preñada de reticencias.

—No lo sé. ¿Cómo queréis que lo sepa? Recomendaba á quien quería,—replicó girando los ojos con espanto, y deteniéndolos un instante en Neklindoff.

—Quizá me ha reconocido,—pensó el príncipe, y toda su sangre subió á sus mejillas.

Pero la Máslova no se había fijado verdaderamente en él, y su mirada asustada se fijó de nuevo en el fiscal.

—Así, pues, la acusada niega haber tenido relaciones íntimas con Kirtinkin; está bien; no se me ocurre preguntar nada más.

El sustituto se sentó de nuevo, y pareció que escribía algo.

En realidad no escribía nada, y se limitaba á pasar la pluma sobre las palabras del acta de acusación, porque había observado que todos los abogados y procuradores, después de cada pregunta toman apuntes destinados á reformar todos los argumentos con que piensan aplastar al adversario.

Ocupado en discutir con el juez de las antiparras sobre la conveniencia de servirse de las preguntas preparadas por escrito el presidente dejó pasar algunos instantes, y luego preguntó:

—¿Qué ocurrió luego?

—Era ya de noche,—contestó la Máslova, ya más tranquila, mirando al presidente,—y yo, una vez que hube dado al ama el dinero, y subí á mi cuarto, estaba á punto de acostarme, cuando Berta, una de mis compañeras, vino á llamarme.

—Mira que tu comerciante ha vuelto y quiere que vayas con él.

Yo rehusé bajar; pero el ama me lo mandó.

El,—pronunció de nuevo esta palabra con terror,—estaba allí en el gran salón, y quería ofrecer bebida á todas las muchachas; pero no tenía dinero encima y el ama se negó á hacerle crédito, y entonces me ordenó ir á la posada, me indicó donde estaba el dinero y la cantidad que debía tomar.

Yo hice lo que mandó.

Entretanto el presidente discutía en voz baja con el juez, que tenía á su izquierda, sin oír una palabra de lo que decía la Máslova; pero, queriendo hacer creer que lo había oído todo, repitió la última palabra:

—Le habéis obedecido. ¿Y entonces?

—Hice cuanto me había indicado. Tomé cuatro billetes de diez rublos.

La Máslova se interrumpió aún, como presa de un terror súbito, y luego continuó:

—Entré en la habitación, pero no sola; conmigo vinieron Kirtinkin y ésta.

Indicó á la Botchkova.

—No es verdad; no llegué á entrar;—dijo la Botchkova, pero el relator la hizo callar en seguida.

—Entonces, en su presencia, tomé los cuatro billetes de diez rublos,—prosiguió la Máslova frunciendo el entrecejo y sin mirar á la Botchkova.

—Quisiera saber si la acusada, al tomar los cuarenta rublos, ha visto cuánto dinero quedaba en la maleta,—interrumpió de nuevo el fiscal.

Máslova se estremeció; sin darse cuenta de ello comprendía que aquel hombre quería su perdición.

—No lo he contado; no he visto sino que había billetes de ciento.

—Así, pues, la acusada confiesa que ha visto billetes de cien rublos; está bien; no tengo que preguntar ya nada más.

—Habéis, pues, llevado el dinero,—dijo el presidente en tanto que miraba el reloj.

—Sí.

—¿Y después?

—Después, el comerciante, ha querido que volviera con él.

—¿Y cómo le habéis dado los polvos?

—¿Cómo? Los he echado en el vino y se los he dado á beber.

—¿Por qué lo habéis hecho?

—Porque no quería dejarme,—respondió la joven con un suspiro profundo, después de un instante de silencio.

—Yo estaba cansada, aburrida, y, saliendo un momento al corredor, dije á Simón Kirtinkin: ¡Qué contenta quedaría si me dejase volver á casa! Simón contestó: También nosotros estamos cansados; démosle unos polvos que le

hagan dormir y así podrás marcharte. Yo creí que se trataba de una cosa inofensiva, consentí, y los tomé con intención de ponérselos en el vaso. Al volver á entrar el mercader, que se había ya metido en la alcoba, me ordenó darle de beber; yo vertí de una botella que estaba sobre la mesa, grandes chorros de coñac en dos vasos, uno para él y otro para mí; en el suyo eché los polvos. Pero os aseguro que de ninguna manera lo hubiese hecho de saber que...

—¿Y cómo ha sido que la sortija se hallara en vuestro poder?

—Me la había regalado él mismo.

—¿Cuándo os la dió?

—Cuando volvimos á la posada. Yo quería marcharme pronto, y me rompió la peineta que llevaba en la cabeza. Entonces me eché á llorar y él, para consolarme, se quitó el anillo que llevaba en el dedo y me lo dió.

El teniente fiscal se incorporó de nuevo y con su aire de mansedumbre pidió permiso para hacer algunas preguntas.

—Quisiera saber,—empezó,—cuánto tiempo permaneció la acusada en el cuarto de Smielkov.

Un nuevo acceso de terror estremeció á la Máslova, que contestó rápidamente:

—No me acuerdo.

—¡Ah! ¿La acusada no recuerda si entró en algún otro cuarto al salir de la del mercader?

La Máslova reflexionó un momento, luego repuso:

—Sí, entré en una habitación contigua, que no estaba ocupada.

—¿Y por qué entró?

Esta vez, dominado por su impulso, hizo la pregunta directamente á la acusada.

—Para tranquilizarme un poco y esperar el coche.

—¿Y Kirtinkin estuvo en el cuarto con la acusada ó no?

—Sí; también él vino.

—¿Por qué?

—Porque el comerciante había pagado unas copas de cognac y lo bebimos juntos.

—¡Ah! ¡Bebisteis juntos!... ¿Y de qué hablaron la acusada y Kirtinkin? ¿De qué hablaron?—recalcó el sustituto.

La Máslova se irguió, movió los brazos y contestó con brío:

—¿De qué hablamos? No me acuerdo. Haced de mí lo que queráis. No soy culpable. Ya os he dicho todo cuánto sabía.

—No he de preguntar nada más,—terminó el fiscal bajando la cabeza y tomando rápidamente algunas notas, que afirmaban que la acusada se había metido en un cuarto con Simón.

Siguieron unos instantes de silencio.

—¿No tenéis más que decir?

—Lo he dicho todo,—contestó la Máslova con un suspiro; y se sentó.

Entonces, el presidente tomó algunas notas; escuchó lo que le decía uno de los jueces en voz baja y declaró suspendida la sesión por diez minutos. El juez que habló con el presidente era el mismo que por la mañana había ensayado un nuevo método curativo, y que, sintiéndose un vacío en el estómago, había manifestado el deseo de hacerse un masaje y de tomar algún cordial. Esta y no otra era la causa que indujera al presidente á levantar la audiencia.

En seguida magistrados y jueces y jurados se movieron y salieron de la sala, con la conciencia de haber cumplido una parte de los santos deberes que la sociedad les imponía.

En la sala de los jurados, Neklindoff se sentó junto á una ventana y se sumergió en los recuerdos del pasado.

## XII

Era verdaderamente Katiuscha. Neklindoff recordaba las circunstancias en que conociera á la muchacha. La había visto por primera vez cuando, estudiando el tercer curso en la Universidad, fué á pasar el verano con sus tías, en tanto que preparaba su tesis de bachiller. Habitualmente pasaba el verano con su madre y su hermana en una gran posesión que tenían cerca de Moscou; pero habiéndose casado aquel año su hermana, Neklindoff, que debía preparar su tesis y no quiso acompañarla á los baños, fué á casa de sus tías, seguro de que allí podría trabajar con tranquilidad.

Tenían las hermanas de su madre mucha afección por su sobrino y por su parte las amaba mucho, sabiendo que debía ser su heredero, y le placía en gran extremo la sencillez de costumbres de aquellas dos ancianas.

Se encontraba entonces en aquel estado de ánimo asequible á todo entusiasmo, propio de los jóvenes, que, por su impulso, empiezan á comprender la belleza de la vida, y á apreciar su importancia; que en tanto que se dan cuenta de la difícil tarea impuesta al hombre, conciben la posibilidad de perfeccionar hasta lo infinito, su propio sér y la humanidad entera, dedicando todas sus fuerzas á ideal tan alto, con el firme convencimiento de alcanzar

UNIVERSIDAD DE PUEBLO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO X EL SABIO"  
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

aquel grado de perfección que han soñado como ideal de la vida.

Aquel año, en la Universidad, había leído las obras de Spencer y Henry George sobre la propiedad de la tierra, y aquella lectura le había conmovido profundamente, tanto más cuanto que él era hijo de una rica propietaria.

El patrimonio de su padre no era muy grande, pero su madre llevó en dote diez mil fanegas de tierra. Entonces, por primera vez, había comprendido la enorme injusticia de la propiedad inmueble individual, y en seguida distribuyó entre los aldeanos, las tierras heredadas de su padre, porque era él uno de aquellos para quienes el hacer un sacrificio, en nombre de las exigencias de la moral, constituye un verdadero deleite.

Sobre tal tema preparaba su tesis, que tenía por título: «La propiedad inmueble.»

La vida que llevaba en el campo, al lado de sus tías, era muy tranquila.

Se levantaba por las mañanas muy temprano, á veces á las cuatro, se bañaba en un río que corría al pie de la colina, y luego volvía á casa antes de que saliera el sol, en esa hora en que todo el país está bañado por una ligera niebla, y el rocío cubre aún hierbas y flores. Algunas mañanas después de tomar café, se ponía á escribir ó á leer libros; pero, las más de las veces, salía para pasear por prados y bosques.

Antes del almuerzo echaba un sueño en cualquier rincón del huerto, después almorzaba en compañía de sus tías, y luego daba un paseo á caballo ó en barca á lo largo del río.

A veces por la noche, y especialmente en las de luna; se sentía invadido por la savia juvenil, por el exceso de vida, y bajando al jardín paseaba hasta el alba, acariciando los sueños de su fantasía.

Así en el seno de aquella felicidad tranquila, pasó los

primeros meses de su estancia, sin advertir siquiera la figura esbelta, los negros ojos de Katiuscha.

Criado bajo los amorosos ojos de su madre Neklindoff conservaba aún, á los diecinueve años, la inocencia de un niño; según él, la mujer de sus sueños debía ser su esposa; las otras, aquellas con quienes no hubiese podido casarse, eran sencillamente personas.

Aquel verano mismo, en la fiesta de la Ascensión, fué á visitar á las tías una señora de los contornos que tenía dos hijas y un hijo colegial, y un joven pintor, aldeano de nacimiento, amigo del hijo.

Después del té, los jóvenes organizaron un *gorielki* (1), en el prado, acabado de segar, Katiuscha tomó parte en aquel juego.

Llegó un momento en que Neklindoff debía correr al lado suyo; gustóle aquello; pero no se le ocurrió que entre él y la niña pudiese surgir ningún afecto profundo. Según la regla del juego, Katiuscha y Neklindoff debían darse la mano, y el joven pintor debía cojerlos.

—Me costará trabajo atraparlos,—pensó éste, á pesar de que corría mucho con sus piernas cortas y musculosas de aldeano.

—¡Unal ¡dos! ¡tres!—dijo batiendo palmas.

Conteniendo apenas la risa Katiuscha, cambió de sitio con Neklindoff, estrechó con su pequeña mano la gruesa de él, y corrió hacia la izquierda con un leve crujido de la almidonada falda. Neklindoff corría mucho, y como no quería que lo atrapara el pintor, redobló su velocidad, de modo que en un momento estuvo al fin del prado: luego se volvió y vió que el otro iba detrás de Katiuscha que, con sus ligeras piernas, corría, como un gamo, alejándose hacia la izquierda.

Había allí una mata de lilas, de la cual habían decidido

(1) Juego de los niños rusos.

no pasar, pero Katiuscha, sonriendo á Neklindoff, le indicó que fuera hacia allí, y pasó de la mata.

Neklindoff comprendió y fué hacia ella, pero como detrás de las lilas había un estanque seco cubierto de ortigas, tropezó y cayó pinchándose las manos y mojándose con el rocío que caía; luego se levantó, y, riéndose de su caída, volvió á correr. Sin cesar de sonreírle con sus ojos negros, Katiuscha corrió hacia él y le tendió la mano.

—¿Os habéis pinchado?—le preguntó mirándolo fijamente en tanto que respiraba afanosamente y con la mano libre se arreglaba las trenzas.

—No sabía que hubiese aquí un estanque,—contestó él sin abandonar la mano de la muchacha. Y como ella se acercara un poco más, de repente, sin saber cómo, le apretó más fuertemente la mano y la besó en la boca. La joven retiró con presteza la mano y dió algunos pasos hacia atrás: luego cogió dos ramos de lilas, y dándose con ellas contra las mejillas que le abrasaban, corrió hacia el grupo que formaban los otros muchachos.

Desde aquel momento las relaciones entre Neklindoff y Katiuscha se modificaron. Se encontraban en aquella situación propia de un joven y de una niña, ingenuos ambos, ambos inocentes, que se sienten inclinados uno al otro. Bastaba que Katiuscha entrara en el cuarto del joven, ó que éste desde lejos viera el vestido de color de rosa y el delantal blanco de ella, para que todo se les antojara, bañado por el sol, y todo fuera más bello, más alegre, más importante, y la vida más placentera.

Las mismas sensaciones experimentaba ella.

Por lo que hace á Neklindoff, no era solamente la presencia de Katiuscha lo que le alegraba; el sólo pensamiento de que la niña existía, bastaba para inundar de dicha su alma: Katiuscha se conmovía únicamente al pensar que él existía, que vivía á su lado. Si recibía una carta poco cariñosa de su madre, si su tésis no adelantaba, si sentía aquella tristeza infinita, propia de la edad juvenil,

bastaba el pensamiento de que Katiuscha existía para disipar su malhumor.

Katiuscha estaba muy ocupada en casa; sin embargo tenía tiempo para todo, y en los momentos de reposo leía. Neklindoff le prestaba á Turghenieff y á Dostojevski; pero lo que más la había impresionado era la *Calma después de la tempestad* de Turghenieff. Conversaban en voz baja tan pronto en el corredor como en el balcón, á veces en el cuarto de María Paulovna, la anciana camarera de las solteras, en el cual dormía Katiuscha y á veces tomaba té Neklindoff. En presencia de aquella mujer, sus conversaciones tenían gran dulzura; pero cuando estaban solos se sentían embarazados, y sus ojos empezaban á hablar un lenguaje más expresivo que las palabras que proferían, se turbaban y no se atrevían á permanecer juntos.

Así continuaron durante todo el tiempo que Neklindoff permaneció junto á sus tías. Estas advirtieron lo que ocurría y se asustaron de ello y lo comunicaron por carta á la princesa Elena Ivanovna, madre de Neklindoff.

María Ivanovna, una de las tías, temía que Dimitir estuviera enredado con la muchacha; pero su temor era vano, porque Neklindoff amaba, sin darse cuenta de ello, como saben amar las almas ingenuas, y esto les preservaba á él y á la muchacha de una caída. El, no sólo no la deseaba, sino que la sola posibilidad de tal deseo le inspiraba terror. Más fundado era el temor de la otra solterona, que, con su alma poética, temía que Neklindoff, dado su carácter firme, se enamorara seriamente de Katiuscha y se casara con ella, sin cuidarse para nada de su origen y condición.

Si entonces Neklindoff hubiera podido darse cuenta de su amor por Katiuscha, ó si alguien hubiera tratado de convencerle de que no era posible ligar su porvenir al de aquella muchacha, de fijo que contestara que no había ninguno para dejar de casarse con ella, desde el momento que la amaba. Pero sus tías no le expresaron sus temores

y marchó sin siquiera formarse idea clara del amor que le había inspirado Katuscha. Creía que el sentimiento que le inspiraba la muchacha, era sólo una parte de aquella inmensa alegría de la vida que ocupaba todo su sér, y al partir, cuando Katuscha, junto con sus tías le seguía desde la galería con sus ojos negros llenos de lágrimas, sintió la impresión de que, en aquel instante, se destrozaba algo bello y sagrado de su vida, algo bello y sagrado que jamás volvería á renacer. Y una tristeza infinita invadió su alma.

—Adiós, Katuscha, gracias de todo,—dijo en voz baja subiendo al coche.

—Adiós, Dimitri Ivanovitch,—respondió ella con su voz melodiosa; y conteniendo con gran esfuerzo las lágrimas que velaban sus ojos, corrió á su cuarto para llorar con entera libertad.

### XIII

Transcurrieron tres años antes que Neklindoff viera de nuevo á Katuscha. Cuando la volvió á ver,—iba á saludar á sus tías antes de incorporarse al regimiento de la guardia, de que había sido nombrado teniente,—era ya un hombre hecho, bien distinto del ingenuo muchacho que tres años antes visitara aquellos lugares.

Entonces era leal, desinteresado, presto á sacrificarse para cumplir una buena acción; ahora era un libertino que no pensaba sino en hacer sus gustos. Antes se le aparecía el mundo como un misterio, como un enigma, que

se aprestaba á descifrar con alegre entusiasmo; ahora todo le aparecía claro, sencillo, subordinado á sus exigencias personales. Entonces experimentaba un deseo imperioso de comunicarse con la naturaleza, con los filósofos, con los poetas que habían pensado y vivido antes que él; ahora lo que estimaba necesario eran los amigos, los compañeros, los usos de la sociedad mundana. Entonces la mujer se le antojaba un sér misterioso y atractivo, al que el misterio añadía un encanto más; ahora todas las mujeres, fuera de sus parientas y de las esposas de sus amigos, tenían una significación precisa: ser el instrumento de su placer. Entonces no sentía ningún afán por tener dinero y apenas gastaba la tercera parte del que le asignaba su madre, y renunciaba á la herencia paterna para entregarla á los aldeanos: ahora los mil quinientos rublos que mensualmente le entregaba su madre, no le bastaban, y muchas veces había tenido con ella, á propósito de intereses, disgustos de que le remordía luego la conciencia. Entonces creía que su «yo» era un sér intelectual; ahora imaginaba que su «yo» era un hermoso animal, sano y robusto.

Una transformación tan radical hizo que dejara de creer en sí para creer en los demás; porque tener fe en sí mismo no le parecía muy difícil.

Creyendo en sí, era preciso resolver muchas cuestiones en daño del egoísmo plácido y brutal; creyendo en los otros no había que resolver nada; todo quedaba resuelto en contra del «yo» intelectual y en favor del «yo» material. Además, creyendo en sí se exponía á la reprobación social; creyendo en los demás todos aprobaban y alaban su conducta.

Si Neklindoff leía ó discutía de Dios, de la verdad, de la riqueza ó de la pobreza, los que le rodeaban encontraban irracionales sus discursos, casi ridículos, y la madre y las tías, con ironía amable le llamaban: «Nuestro caro filósofo.» Pero si leía novelas ó contaba anécdotas demasiado libres, ó bien iba al teatro francés y contaba después con